

GABRIELA MISTRAL Y LA IMPORTANCIA DE LOS TEXTOS
LITERARIOS PARA UNA REFLEXIÓN FILOSÓFICA.

*GABRIELA MISTRAL: THE IMPORTANCE OF LITERARY TEXTS FOR A
PHILOSOPHICAL REFLEXION.*

Susana Munnich
Universidad de Chile
susanamunnich@yahoo.com

RESUMEN

Este artículo se propone el estudio del tema de la madre en Gabriela Mistral. Está basado en lecturas de poemas completos sobre la madre. Tales lecturas no aparecen aquí. Tratamos de mostrar la gran variedad de significados de la palabra madre y destacar la importancia que esos significados tienen para una reflexión filosófica.

PALABRAS CLAVE: Poesía chilena, maternidad, filosofía, Gabriela Mistral.

ABSTRACT

This essay proposes to study the concept of mother in the poetry of Gabriela Mistral. It is based on readings of complete poems on mother. The readings do not appear in this essay. We try here to show the great variety of meanings of the word mother, and to enhanced the importance they have for a philosophical meditation.

KEY WORDS: Chilean Poetry, Maternity, Philosophy, Gabriela Mistral.

Recibido: 12/01/2010 Aceptado: 01/05/2010

1. ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA LECTURA DE TEXTOS

Desde hace un par de décadas, nosotros, los que recibimos formación filosófica y nos dedicamos posteriormente a la lectura de textos, hemos ido extendiendo nuestro campo de reflexión a otras áreas del saber, e incorporado conocimientos y metodologías propias de otras disciplinas, como la historia, la literatura, la sociología, la ciencia política. Ya no tenemos esa pretensión vana de la verdad única, inamovible y definitiva, nos hemos persuadido de que nuestro objetivo no puede ser otro que ofrecer una lectura textual satisfactoria, que sea clara, comprensiva y respetuosa. Hace apenas unas cuantas décadas, mis profesores de filosofía apartaban a Nietzsche, a Kierkegaard y a Schopenhauer de los filósofos tradicionales, arguyendo que su preocupación central no era el pensamiento sistemático, condición indispensable en cualquier pretensión filosófica, sino la gracia en el estilo, como si ambas cosas fuesen incompatibles. Tampoco se toleraban las consideraciones históricas en los textos filosóficos, porque se pensaba que el objeto de la filosofía era lo inmutable, lo invariable, la esencia de las cosas, el Ser con mayúscula, y no aspectos que tenían su fundamento en la experiencia. Por cierto que ningún profesional de la filosofía se atrevería ahora a rechazar como aspectos determinantes en una reflexión filosófica a los movimientos históricos, los factores culturales, los códigos de una región. Este movimiento de apertura de la filosofía es homologable a lo que ha ocurrido en las ciencias literarias, donde es común encontrar a teóricos de la literatura opinando acerca del totalitarismo de Hegel, el nazismo de Heidegger y los aciertos de Derrida. Encuentran plenamente justificado recurrir a las abstracciones filosóficas cada vez que quieren extenderse en consideraciones reflexivas o ideológicas. Los profesionales de textos nos desplazamos actualmente de una disciplina a otra siempre que nuestra reflexión lo requiere y mi trabajo no ha sido ajeno a este desplazamiento por diferentes áreas del saber.

A pesar de estas aperturas, el método con que me he acostumbrado a examinar los textos literarios, que podría caracterizar de semiótico, le debe especialmente a la filosofía. Por ello entiendo una manera “morosa”¹ de leer. Me habitué a leer morosamente con los profesores del Departamento de Estudios Humanísticos de

¹ Grínor Rojo caracterizó de “morosa” a la forma con que examiné los poemas de Gabriela Mistral (*El Mercurio, Artes y Letras*, 16 de abril de 2006). Para los tiempos que corren, la palabra podría estar diciendo aburrido, innecesariamente minucioso, o cualquier otra cosa parecida, sin embargo yo la recibo positivamente, y la hago mía. Me parece que la morosidad es un requisito indispensable para leer poesía.

la Universidad de Chile, en cuyos cursos leíamos frase a frase, para detenernos en cada palabra. En los diccionarios buscábamos los sentidos de estas palabras y luego discutíamos acerca de cuál de estos significados sería el que estaba operando en el texto. Esta práctica me sirvió mucho en los análisis textuales de la poesía de Mistral. Nuestra morosidad no era comprendida en otros centros de humanidades, pensaban que en vez de detenernos tantas veces en lo mismo, mucho mejor sería que leyéramos más, de modo de estar mejor informados. Sin embargo, en el Discurso del Método, Descartes ya había abundado en consideraciones sobre la importancia de leer varias veces un texto. A la primera, el lector comenzaba a familiarizarse con lo dicho, recién a la segunda empezaban a percibirse ciertas singularidades y solamente después de muchas más lecturas se podía decir que se había producido una comprensión satisfactoria. Un par de siglos después, Nietzsche usó la metáfora de la rumia para decir prácticamente lo mismo. En la *Genealogía de la moral* homologó el rumiar de las vacas a la lectura de los textos². Buena imagen. Como en muchas otras de Nietzsche, aparecen asociadas dos actividades aparentemente opuestas, la intelectual y la digestiva. Y conviene recordar que para los filósofos griegos la única crítica que merecía cierta validez era la de quien estaba en condiciones de reproducir cabalmente el discurso del expositor.

Otra deuda que tengo con la filosofía es la completa separación que siempre ha hecho entre el texto y el autor histórico. Mientras fui estudiante jamás escuché de mis profesores de filosofía un alcance que permitiera relacionar la biografía del filósofo con el texto estudiado. Se entendía que lo importante era el texto, las estimaciones y modos de pensar que podíamos encontrar en él y no la persona que lo había escrito. Nunca hubo la más mínima intención de explicar algún pasaje de la *Ética* de Spinoza por relación a su oficio de pulidor de lentes ópticos. Y lo mismo ocurría con las ideas de cualquier otro pensador. He echado de menos esta práctica en los trabajos de los críticos sobre Gabriela Mistral, a quienes ha interesado mucho más la vida privada y pública de la Nobel que sus poemas. Aunque comprendo este interés, porque cualquiera se asombra de que Mistral haya obtenido el Nobel viniendo de ese pueblito humilde y pequeñísimo del Norte Chico, sería bueno que nos interesara

² El texto de la *Genealogía de la moral* dice así: “Un aforismo bien acuñado y elaborado, no por haber sido leído queda descifrado; recién entonces empieza su interpretación, que requiere el arte de la interpretación. En el tercer capítulo del presente libro ofrezco un modelo de qué entiendo por interpretación; dicho capítulo va precedido por un aforismo y viene a ser el comentario al mismo. Claro está que para practicar la lectura como arte hace falta ante todo algo que hoy día como ninguna otra cosa ha caído en desuso, por lo que mis escritos tardarán en ser legibles, algo para lo cual es preciso ser casi vaca, y, en todo caso, no ser un hombre moderno: el rumiar” (KS. V.5. p. 255-256).

también el contenido de sus poemas, que bien leídos pueden llegar a asombrar más que el éxito profesional de su autora.

2. LA MULTIPLICIDAD DE SENTIDOS QUE ENCIERRA LA PALABRA MADRE EN MISTRAL

Pocos chilenos conocemos los textos poéticos de nuestra Nobel³, y con ello nos perdemos un acontecimiento poético invaluable, no sólo por su belleza, sino por la representación de las cosas que ofrecen. En los poemas de Mistral hay reflexiones muy interesantes sobre el amor, la madre, el oficio de escribir, el dolor, el sentimiento de pertenencia, el destierro, la relación con las cosas del hogar, que junto con espejar aspectos y problemas de nuestra región, alcanza un alto nivel de universalidad, que es la marca de la gran poesía. Como no puedo abarcar en este artículo todos estos temas, me limitaré al de la Madre, que según mi opinión es el más importante de toda su poesía. Lo mismo ha sostenido la crítica literaria tradicional, pero por otras razones que las mías.

En los poemas de Gabriela Mistral, Madre dice muchas cosas, a menudo contradictorias; es el origen de la vocación, aunque la maternidad es también el impedimento mayor que enfrenta la mujer que quiere dedicar su vida a la poesía. Madre es el centro de la pérdida, de las nostalgias, pero también es el lugar de la anhelada presencia absoluta. Cristo es Madre, la cordillera es Madre, el agua es Madre, la tierra es Madre, los árboles son Madre, las vigas de una casa son Madres. Incluso, como se comprueba en el poema “Electra en la Niebla” (*Lagar II*), ni el peor de los asesinatos que pueda cometer la Madre anula su importancia e incluso su valor sublime. El poema prueba que suprimida la Madre, los contornos de las cosas se desdibujan y finalmente la realidad entera se convierte en niebla.

Una realidad simbólica tan importante es de muy difícil manejo. Uno de mis problemas cuando trabajé la poesía de Gabriela Mistral fue ¿cómo organizar estos poemas sobre la maternidad en una lectura que los ilumine y evite la reducción simplista? ¿Cómo identificar las ambigüedades que encontramos en ellos sin recurrir a ese mecanismo fácil que lleva a anularlas? ¿Cómo entender una poesía en que junto a la exaltación de la maternidad encontramos también un fuerte rechazo de la misma? ⁴

³ Para la lectura de los poemas de Gabriela Mistral he utilizado *Poesías Completas* (Madrid, Aguilar: 1968).

⁴ Aprovecho esta ocasión para referirme a una reseña de Vicente Bernaschina Schürmann en la *Revista Chilena de Literatura* (71. Santiago, nov. 2007), que comenta mi ensayo.

Adelanto que en este artículo no intentaré análisis de poemas completos, porque tales exámenes ya los hice en mi ensayo sobre Mistral⁵. Quiero aprovechar esos análisis para decir brevemente algo parecido a lo que dije en el libro: que junto a los poemas convencionales de Mistral, en que se alaban las mismas cosas que tradicionalmente se han elogiado de la maternidad, hay otros textos, muy diferentes, que descubren otros lados de esta condición femenina, que no son ni tan dulces, ni tan sanos, ni tan simples. Algunos grandes escritores del siglo XIX, como Balzac, Flaubert, Zola, Thackeray, James, fueron quizá los más audaces en describir descarnadamente esta maternidad complicada y gris, pero la mirada de mujer de Mistral trae otra cosa. Sin justificar expresamente esa maternidad oscura, invita a mirarla y a comprenderla.

Para abordar la poesía mistraliana sobre la Madre, atenderé a la evolución que sufre esta categoría en su poesía. Aunque a primera vista la Madre ocupa en los textos poéticos de Mistral siempre un lugar central, en el desarrollo de su obra cambia de sentido y también cambian las estimaciones que la acompañan. Incluso, como veremos al final de este artículo, hay un cierto hastío por la Madre de parte de la yo textual, y un rescate apreciativo y enamorado del Padre. Pero este movimiento tan asombroso está presente solamente en sus obras inéditas, aquellas que no fueron

Lo primero que quiero proponerle es que ofrezca **ejemplos** concretos cuando me critica que “al enfrentar poemas que se distancian de sus propias hipótesis o al intentar dilucidar ciertas ambigüedades textuales, **son muchas las ocasiones** en que la investigadora recurre a elementos extratextuales, generalmente biográficos o psico-analíticos”. Lo desafío a él o a cualquier otro crítico a que denuncie un solo caso en que frente a una dificultad textual mi análisis recurra a la biografía o al psicoanálisis. Pensando positivamente, me imagino que lo ha engañado la modalidad que me permití en el ensayo. Al inicio de los cuatro temas, puse una pequeña introducción a partir de los textos en prosa de Mistral para darle a los poemas el marco cultural que requiere la aplicación del método semiótico. Un ensayo compuesto exclusivamente de análisis de poemas le resultaría aún más “difícil” a Bernaschina y con mayor razón a lectores menos informados. Ya se ve que incluso a él le resulta “difícil” leer el ensayo.

Mi impresión es que Vicente Bernaschina Shürmann debería decidir si le gusta o no que se haya escrito un libro sobre Mistral, que es una proposición concreta para leer sus poemas. Me parece que vacila entre pensar que una propuesta como esta es “fundamental y necesaria” y creer que “el sostenido énfasis de Munnich sobre la matriz de sentido” vuelve “reiterativo y homogéneo” su ensayo.

El dilema está entre fragmentariedad y unidad de sentido. Fuera bueno que nos decidiéramos por uno de los dos términos. Recién entonces podremos ofrecer lecturas coherentes y aceptables sobre la poesía de Mistral. Creo que yo cumplí la condición.

⁵ Munnich, Susana, *Gabriela Mistral: Soberbiamente transgresora*, Santiago: LOM Ediciones: 2005.

aprobadas por Mistral para su publicación, lo que ciertamente debe ser considerado en una lectura sobre Mistral.

En *Desolación*, su primera obra publicada, encontramos varios poemas en que la yo se visualiza cumpliendo su deber de madre, pero al mismo tiempo se entiende como poeta. Al moverse entre estas dos posibilidades, las perfila como opuestas e incompatibles. Esto es raro y muy significativo. Aunque la yo de estos poemas siempre destaca la importancia y la divinidad de la condición materna, no la quiere para sí misma.

Uno de los primeros poemas en que se aborda el tema de la maternidad es “La mujer fuerte”, que hace la apología de una madre campesina y la prefiere a “cien mundanas”. Sin embargo, la situación de esta madre popular no es nada envidiable, ha sido abandonada por el borracho “que le apegó un hijo al pecho de azucena”. Un poco más adelante, en “La mujer estéril”, la yo se ofrece a sí misma la imagen de una mujer que no puede concebir, y adoptando las valoraciones de su tiempo, determina que aquella que no mece a un hijo en su regazo “cuyo calor y aroma no alcance sus entrañas”, no merece el nombre de mujer. Las mismas estimaciones sobre la preñez y la esterilidad las encontramos en el poema “El niño solo”. En este poema hay una mujer, que al oír el llanto de un niño no duda en entrar en la casa de una campesina, que obligada por sus labores, se ha visto forzada a dejar a su hijo solo. Cuando la madre retorna de su trabajo perdona a la mujer su abuso de confianza, cuando la ve meciendo a su hijo con la felicidad pintada en el rostro. Poco después, en “El Suplicio”, la yo siente que tiene hundido en las entrañas un verso enorme, que se alimenta de ella, y abrumada por el dolor, le ruega al que le clavó este puñal caliente que tenga piedad de ella. El poema vincula la maternidad con la poesía y es en las entrañas de la yo donde estas dos realidades se disputan su afectividad.

La incompatibilidad entre la vocación de poeta y la maternidad se presenta con toda crudeza en el “Poema del Hijo”, donde una voz femenina recuerda que hubo un tiempo en que soñó con la posibilidad de ser madre y esposa, pero después de “mirar a sus entrañas” optó por la poesía. Las razones que se dio a sí misma para rechazar la maternidad fueron que sería abandonada por su amante y también por el hijo. Impaciente por desertar su vientre, el hijo se separaría de ella antes de cumplir los nueve meses de embarazo. Y en vez de derramar por el mundo la riqueza que habría recibido en las entrañas de la madre, le reclamaría amargamente por haberlo parido. La yo agrega a estos males su propia amargura de mujer, cualidad negativa que no puede suprimir y que una madre cabal no puede permitirse. En vez de hijos carnales, decide entonces tener hijos espirituales, es decir poemas. Y siendo poeta, la yo piensa que “colmé el traje con los trigos divinos”, acción que la iguala a una divinidad.

Es importante destacar la debilidad de la figura masculina en éste y en prácticamente todos los demás poemas de Mistral. Invariablemente el varón es caracterizado como un personaje herido, traicionero, infiel, mentiroso, padre ausente,

en suma, bueno para casi nada⁶. Me parece que una de las únicas excepciones es el poema Ruth, también del libro *Desolación*. En este poema, Booz ostenta un conjunto de virtudes masculinas que hacen de él un hombre probo; es maduro, sabio y rico. El texto reproduce un amor tradicional, en que los roles de ambos sexos se complementan. El varón es poderoso y preeminente, pero también bueno y cariñoso y los predicados de Ruth son sumisa, obediente, con gran fe en su hombre. Aunque la matriz del poema Ruth es el amor, el poema no fue incluido en la sección Dolor de *Desolación* cuyo asunto es la experiencia amorosa. La razón es evidente. Ruth no calza en el conjunto de los demás poemas mistralianos sobre el amor, cuya constante es la frustración y el desengaño. Después de leer la sección completa de Dolor, el lector no puede menos que preguntarse ¿cómo podrían las mujeres tener esa disposición entregada de Ruth cuando los varones son inconstantes, padres irresponsables y esposos infieles? ⁷

Pero en los textos de Mistral la maternidad no es solamente aquello que impide la opción poética, sino que es también la experiencia más sublime que puede llegar a tener una mujer. En *Ternura*, lo habitual son los dichos que la tradición ha pregonado de la madre, como por ejemplo, su sacrificio, su capacidad de cuidar y de proteger, su generosidad ilimitada. Cualquiera que haya leído este libro no puede menos que pensar que para la yo de este poemario, la maternidad constituye uno de los centros de mayor excelencia en torno al cual gira la vida de una mujer. Sin embargo, incluso en este libro, hay algunos poemas que bien leídos asombran y escandalizan, como, por ejemplo, los muy conocidos “Que no Crezca” y “Miedo”. El escándalo lo suscita la descripción de ese movimiento materno, muy estudiado por la psicología, denominado castración, que busca congelar el impulso de autonomía e independencia en los hijos. En el primero de estos poemas, una madre se representa con temor la posibilidad de que su hijo crezca, se enamore y la abandone. Decide entonces que es mejor que permanezca del tamaño de un malvavisco. Y en el segundo, al imaginar a su hija convertida en golondrina, luego princesa, luego reina, teme, que ella, la madre, jamás pueda alcanzar esas elevadas posiciones celestes. No quiere que la hija la supere por altura o por rango. Valga señalar que si una madre no poética exteriorizara este impulso suyo, sería muy mal juzgada.

Un aspecto muy interesante de estos poemas es la curiosa estimación que se hace en ellos de los roles femenino y masculino. Cuando se ponen uno al lado del otro

⁶ Remito al lector a la Parte III de mi ensayo (op.cit), donde estudio exhaustivamente aquellos poemas mistralianos que refieren al amor. En todos ellos se presenta al varón como a un individuo inconstante, irresponsable, infiel, mentiroso, traicionero.

⁷ Por otra parte, los personajes de este poema pertenecen al Antiguo Testamento. Me parece que este importante dato prueba nuevamente la imposibilidad para una mujer de encontrar un enamorado o esposo como aquel patriarca, bendecido por Jehová.

se ve que la fortaleza y la superioridad de la niña no están presentes en el varoncito. El poema dice que “un niño no es el roble / y no es la ceiba”, dos enormes árboles, característicos por su firmeza. Y la misma oposición la encontramos en “Estrellita” y “Canción amarga” del mismo libro. En el primero de ellos una madre se alegra de haber parido a una niña todopoderosa que impide la escarcha en las huertas, protege al ganado de la muerte y hace posible que carguen las cepas. La comunidad bendice a la madre por serlo de esta criatura milagrosa. El intertexto del poema es manifiestamente el nacimiento del niño Jesús y la adoración de la Virgen. El contenido de este poema contrasta con “Canción Amarga”, donde una madre pobre invita al niño varón a que jueguen a la reina y al rey. Fingen que la realidad es hermosa y justa y que el niño es rico en bienes campesinos, aunque en la realidad este niño padece frío y la madre no tiene leche para darle. En el poema el nacimiento del niño Jesús está entre paréntesis, y descubre el lado triste de la natividad.

En las obras posteriores, me refiero a *Tala* y *Lagar*; la palabra Madre está para decir el duelo de la yo. Es contenido de la nostalgia y pertenece al conjunto de aquellos bienes de que la yo fue despojada. En este artículo dejaré fuera a los poemas nostálgicos⁸ para referirme solamente a aquellos que prueban o la omnipotencia materna o que descubren la incompatibilidad entre la maternidad y la opción poética.

El muy conocido “Todas íbamos a ser reinas” pertenece al segundo grupo. En él, una yo recupera sus sueños de infancia y también los de sus otras tres compañeras para compararlos con las historias de sus vidas. Las cuatro se casarían con reyes poderosos y serían madres. Pero la estrofa diez contrasta los sueños de estas niñas con la realidad. Ninguna de ellas encontró al varón de sus sueños, ni tuvo hijos propios. Pero a diferencia de sus amigas, Lucila “recibió reino de verdad”, porque en vez de optar por el amor erótico y la maternidad, puso su ser mujer en relación a toda la realidad y fue reina en el territorio de la poesía.

El poema “Agua” vuelve sobre esa mala paternidad que identificamos en el “Poema del Hijo”. La yo de este poema querría vivir en un país “blando de aguas”, pero después de recordar la historia griega de Atreo y la bíblica de Sara y su esclava Agar, determina que fueron secos los pueblos en que vivieron estos personajes. También lo son los demás que ella ha habitado durante sus andanzas por el mundo, porque en todos ellos se ha ejercido la violencia, la paternidad mala y la mujer ha sido objeto de abandono⁹.

⁸ Los incluí en mi ensayo sobre Mistral.

⁹ El lector familiarizado con la geografía de Chile no puede menos que asociar esta sequedad de los pueblos malos a la sequedad del Norte Chico.

Dos poemas de *Lagar I* que destacan, en cambio, la omnipotencia de la madre son “Ceiba seca” y “Madre mía”. En el primero, abrumada frente a la destrucción de una enorme ceiba, la yo la homologa a su madre muerta y se pregunta “¿Cómo es que ella se moría / y si murió, cómo reina?”. Al final del poema la yo se adjudica el papel de salvadora de la Madre al cumplir el rito funerario de entregarla al fuego antes de que las hachas de los leñadores la derriben. Todos los demás, al acercarse a la Ceiba-Madre lo harían para aprovechar su madera, sólo ella, la hija, la salva para que siga siendo verídica. Y en “Madre mía” se alcanza el máximo posible encarecimiento del amor filial. La madre termina ocupando en este poema el lugar de Dios en la unión mística.

En “La Otra”, poema que prologa la sección “Locas Mujeres” de su último libro editado, *Lagar*, nuevamente se recupera el tema de la opción poética, presentándola como incompatible con la maternidad. En este texto confesional, la yo dice que mató a una parte de sí misma y que lo hizo porque no la amaba. Esta parte odiada era la flor caliente del cactus, que nunca se refrescaba y con quien la yo compartía sus entrañas. Las entrañas suyas sufrían los picoteos incesantes de un águila, de modo que la yo, que quería dedicar su vida a la poesía y que no podía permitir que la atormentaran justamente en aquello que es la sede de la creación (los sentimientos y los afectos), tuvo que suprimirla. En el poema aparecen unas hermanas de la yo, a las que recomienda armonizar su deseo sexual y su natural ansia de maternidad con la creación. En caso de que no puedan, y que se sientan exigidas por sus vientres calientes, les recomienda que la imiten y supriman la flor del cactus.¹⁰

Creo que un buen remate a esta revisión de poemas sobre la Madre es el poema “Electra en la niebla” por su encarecimiento de la figura materna. Aunque fue publicado después de la muerte de la poeta –por lo general, prefiero los que fueron revisados por ella para su publicación final– contiene tal cantidad de componentes interesantes, que no puedo omitirlo. El poema reconstruye la tragedia griega desde un conjunto de valoraciones que no son las del texto original. Los personajes que aparecen en el poema son los mismos del texto clásico, aunque de ellos sólo se ha conservado lo medular. Lo que iguala a la yo con la Electra de la tragedia griega es la participación de las dos en la aniquilación de la madre. En el poema, la madre da la vida y el nombre, lo que invierte la costumbre normal de privilegiar el sentido paterno del nombre. Los versos 27 y 28 son de los más violentos del poema, en ellos la hija añora las caricias de la madre e imagina que a Orestes le pasa lo mismo, aunque no olvida que estas mismas manos ayudaron a asesinar al padre. Finalmente entiende

¹⁰ No vale la pena llamar la atención sobre la enorme cantidad de componentes sexuales que hay en el poema, y remito nuevamente al lector a mi ensayo, donde nos detuvimos en cada uno de ellos.

que ella y Orestes fracasaron, porque lo único que han conseguido con la muerte de la Madre es, paradójicamente, diseminarla por todas partes. Durante todo el poema se dice de muchas y variadas maneras que la Madre es el centro de la realidad y que todo intento por suprimirla produce el efecto contrario de repartirla en todo lo que hay. También tiene gran interés que esta Madre todopoderosa meta al padre en una malla (que es lo mismo que hacen las arañas con sus víctimas) y lo deje allí el resto del poema.

Hasta “Electra en la niebla” el empeño del juego simbólico de Mistral estaba dirigido a exaltar la función materna, y las virtudes que acompañan el desempeño de este rol, a la vez que descalificaba la paternidad y resaltaba la debilidad de la figura masculina¹¹. Y digo “casi todo”, porque como hemos podido ver en esta presentación, hay poemas como algunos de los mencionados, y otros, como “La fuga”, donde el rol materno está implícitamente cuestionado. Pero nunca como en “Electra en la niebla”, poema que trastorna completamente este juego simbólico, cuando la yo reconoce el peligro que hay en haberle otorgado omnipotencia a una madre que es humana, con todos los defectos y las limitaciones de esta condición. En la madre, dice el poema, también hay la castradora, la adúltera, la asesina, cuyo amor se puede sentir como una maldición, porque tiene de las arañas ese don de tejer finas y firmes telas, en que aprisiona a los que ama, para dejarlos allí, como al Agamenón del texto, “enmollotado”.

A partir de esto último resultan perfectamente comprensibles esos poemas inéditos de *Lagar II*, en que la yo textual expresa su hastío por la tierra (que es asimilada a la madre) y su veneración por el mar (que identifica con el padre). Comprensibles, aunque diferentes de los poemas anteriores de Mistral, donde cada vez que la yo se ponía a sí misma en la alternativa de tener que elegir entre el padre y la madre, siempre se inclinaba por esta última. En la segunda primera versión del poema “El mar” la yo opone el mar que es “cantador sin fatiga / y con mil labios eternos” a la Mamá Tierra que “repite el mismo cuento”. Siente abominación por la Tierra y prefiere cien veces al mar porque “Nunca él fue como la Gea / aferrada a su secreto”. Se siente hastiada del taimado silencio de la tierra y declara que solo ama el canto de su Dueño, que tiene la potestad de enseñar “a madres sin canto / la canción que hace los héroes”, versos que recuerdan los de “La Cabalgata” de *Tala*, donde la yo poeta pretendía incluirse en la hueste de los héroes de la significación.¹²

¹¹ Uno de los poemas más exitosos en decir esta impotencia paterna es el poema “El aire”.

¹² Y lee bien Jorge Guzmán los versos “por hambre de su carne / yo he comido en las fábulas”, cuando dice que la yo textual optó por la poesía, porque no encontró un héroe que

Al convertir al mar en padre y a la tierra en madre, la yo textual implica “quiero a mi padre por libre, por viajero, por irreverente, por seductor y rechazo en mi madre, en mi nodriza y en mi abuela, su apego a lo mismo, su temor del cambio y de la vida, su cuidado excesivo de los suyos, amor que ahoga, y que incluso mata”.

He querido examinar brevemente dos de los más importantes ejes en torno a los que gira la poesía de Mistral sobre la Madre. Uno de ellos es la radical incompatibilidad que visualizan estos poemas entre la función materna y la opción poética. Desde temprano la yo mistraliana restringe para sí misma la maternidad a la creación de poemas. El otro eje exalta hasta la omnipotencia la función materna. Estos dos ejes son complementarios, no se oponen. Aunque la yo mistraliana renuncia a la producción de hijos carnales, al afirmar la producción de textos, se convierte a sus propios ojos en la encarnación misma de la Madre con mayúscula. Y la función de madre de poemas es mucho más estimada en los textos de Mistral que la de madre carnal.

La reflexión de Mistral sobre la madre nos pone ante una realidad simbólica muy variada y muy rica; hay la madre abnegada y cariñosa, protectora, hay la madre adúltera, que mata al marido y abandona a los hijos, hay la madre que se mal entiende con la hija por razones desconocidas, hay la madre castradora que como teme ser abandonada por sus hijos prefiere detener su crecimiento, hay la madre omnipresente, que reina incluso después de muerta, hay la madre dominante, que asfixia a los que más quiere. Todas estas caras de la madre están presentes en el juego simbólico de Mistral, y a pesar de que son muchos más los poemas de corte tradicional, que ensalzan el rol materno, no escasean los transgresores, que a mí me parecen más interesantes, en parte por su tremenda originalidad y en parte porque revelan aspectos de la maternidad que no suelen aparecer en los textos de mujeres del tiempo de Mistral.

Se me ocurre que podríamos hacer una analogía entre el auge y la caída del falocentrismo a lo que ha ocurrido con el histerocentrismo¹³ de Mistral. Así como el primero pasó de omnipresente y absoluto a vacío, la Madre con mayúscula mistraliana, después de haber sido encarecida hasta límites inverosímiles, termina exhibiendo sus

podiera haberle satisfecho sus ansias eróticas (“Por hambre de su carne” en *Diferencias latinoamericanas*, Santiago: Ediciones del Centro de Estudios Humanísticos, 1984).

¹³ El término, inventado por nosotros, pretende decir la enorme significación que Mistral le otorga al sexo de la mujer, en cuanto productor de hijos. Es importante repetir que aunque Mistral rechaza para sí misma la maternidad, no la niega para las demás mujeres, e incluso le otorga cualidades sublimes, complementarias de las que presenta el falo en la tradición occidental. Por eso, es completamente razonable que los críticos de Mistral hayan abundado en comentarios sobre la maternidad sublime, central a esta poesía.

excesos, su desgracia, su maldad, e incluso también su vaciedad. Es muy significativo que precisamente Mistral, que encareció lo materno más que ninguna otra, haya sido la que registró más brutalmente la evolución que la hizo llevar a la madre hasta un vacío igual al que devoró décadas después al falocentrismo. Es posible que en el desarrollo de estas dos evoluciones podamos identificar la muerte de la metafísica, que al dejar vacante el puesto de Dios, vacó también el del padre y de la madre absolutos.

Por todo esto, no podemos dudar en el interés que pueda tener para la reflexión filosófica una realidad simbólica tan significativa y sugerente como esta Madre de los poemas de Mistral.¹⁴

¹⁴ El ensayo de Patricio Marchant sobre Gabriela Mistral (*Sobre árboles y madres*, Santiago: Ediciones Gato Murr, 1984) tiene entre otros méritos, el de haber destacado la importancia de la palabra madre en la poesía de Mistral. Si bien, yo no coincido en general con la lectura de los poemas examinados por Marchant, no niego que el ensayo es interesante, inteligente y sugerente.

BIBLIOGRAFÍA¹⁵

- Bernaschina Schürmann, Vicente. Reseña en *Revista Chilena de Literatura* (71. Santiago, nov. 2007).
- Guzmán, Jorge. “Por hambre de su carne”, en *Diferencias latinoamericanas*, Santiago: Ediciones del Centro de Estudios Humanísticos, 1984.
- Marchant, Patricio. *Sobre árboles y madres*, Santiago: Ediciones Gato Murr, 1984.
- Mistral, Gabriela. *Poesías Completas*, Madrid: Aguilar, 1968.
- Munnich, Susana. *Gabriela Mistral: Soberbiamente transgresora*, Santiago: LOM Ediciones, 2005.
- Nietzsche, Friedrich. *Kritische Studienausgabe*, V.5, Berlín: 1988.
- Rojo, Grinor. *El Mercurio*, Artes y Letras (16 de abril de 2006).

¹⁵ No incluyo la bibliografía que consulté para *Gabriela Mistral: Soberbiamente transgresora*, y que respalda este artículo, porque sería demasiado extensa.